

074 31/4

EL AMIGO DE LA INFANCIA

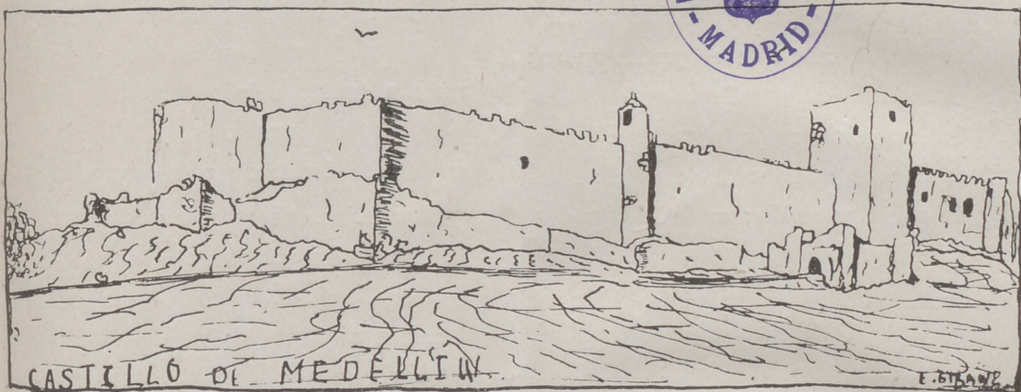
Año LXI

Madrid, 6 de mayo de

Número 18



M.S.A.H.A.G.U.N



MEDELLIN

En la confluencia del Hortigas con el Guadiana se levanta una montaña de fal- das escarpadas; en su cumbre, majestuosos, se yerguen los vetustos paredones de un castillo roído por el tiempo; mil alimañas pueblan sus grietas. Desafiando los tiempos, unos torreones elevan sus cúpulas a los cie- los, iluminadas tan sólo en su interior por umas ventanucas. Sobre sus cúpulas anidan las cigüeñas.

Llenas de grietas, existen aún algunas galerías y estancias que fueron moradas de grandes señores. El castillo queda dividido en dos secciones por un enorme paredón, las cuales se comunican por medio de una decarcomida y chirriante puerta; la de la de- recha hoy es morada de los muertos, mien-

tras en la de la izquierda aún se ven los restos de una antigua capilla y de un gran estanque, donde dicen que se bañaban los moros; lindando con éste y adosado al pa- redón que divide el castillo aún existe un aposento de rojas paredes; un enorme bo- quete practicado en una de ellas da acceso a esta lúgubre vivienda.

Cuentan que en este lóbrego recinto es- tuvo encerrado un príncipe cristiano, pri- sionero de los moros, durante muchos años. Le daban la comida desde arriba, por una especie de portezuela practicada en el te- cho, por donde le habían introducido.

Muchos años permaneció el desdichado príncipe encerrado en este oscuro calabozo sin exhalar una queja. Compadecidos los

moros, quisieron sacarlo para ponerlo en libertad, y bajando unas cuerdas por la ventanuca del techo, le invitaron a subir. El príncipe contestó: "No quiero soportar tanta humillación; por ahí salen los malhechores; de salir, saldré por mis propios pies."

Admirado el dueño de la fortaleza por este rasgo del valeroso príncipe, ordenó practicar una abertura en el grueso muro; hecho esto, el príncipe fué puesto en libertad. Pero sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, al salir a la luz del día no pudieron sufrir la impresión; se le nublaron y quedó ciego.

No acabaron aquí los males del príncipe; poco tiempo después murió, desesperado. Los moros cogieron su cadáver y lo enterraron, después de extraerle la sangre, con la cual pintaron las paredes de su aposento.

En el invierno crudo, cuando gruñe el Guadiana y chilla el aire entre las corroídas murallas del castillo, dicen los viejos que el alma del príncipe llora su infortunio paseándose por las almenas del castillo.

En una de las laderas de la montaña dormita Medellín; dos antiguas iglesias dominan desde lo alto al pueblito de calles tortuosas y abruptas, viejas casas, costumbres antiguas. Sus moradores conservan aún el aire noble de sus antepasados. Una gran plaza (la plaza de Hernán-Cortés) se encuentra enclavada en el centro del pueblo en honor de aquel gran conquistador de Méjico.

Medellín es un pueblo viejo, pueblo de tradiciones y leyendas; Medellín vive del recuerdo; Medellín no crece, se encuentra

dormido en un letargo mortal. Este es Medellín: un pueblo que muere.

Cantad, españoles, cantad
las glorias de aquel pueblo fuerte,
cuyos hijos supieron luchar
con el hambre, la ruina y la muerte.

Medellín, pueblo viejo,
dormido
en las faldas de un monte,
empinadas,
marcha presto a la muerte,
sumido

en un sueño tenaz que le embriaga.

Tus hijos, siempre fuertes,
lucharon con vehemencia,
ganaron para España
terrenos sin igual
y murieron gloriosos,
llenos de omnipotencia,
después de larga vida
de lucha hasta el final.

Pasaron ya los años
de gloria y alegría,
huyeron las edades
que te vieron nacer;
tus casas, ya grisáceas,
perdieron lozanía;
tus escudos famosos
se empiezan a caer.

Un castillo ruinoso
semeja protegerte;
pero sus paredones
destrozados están,
y para dar más pena,
más noción de la muerte,
encierra en sus entrañas
las tumbas de los hombres
que ya no vivirán.

SAMUEL POOL

EL PAJARO DE CRISTINA

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

(Conclusión)

Cristina puso su última esperanza en el Jueves Santo. Hacía un año que un vecino suyo la había regalado dos reales en Jueves Santo. ¡Si volviera a hacerlo! Pero, no; nadie se acordaba de la cojita. Otra vez veía ella volar toda una banda de pájaros en honor de Jesús. ¡Solamente Cristina, que tanto le amaba, no le podía mandar ninguno! El Viernes Santo se despertó muy triste. "Tú, que has sufrido por mí tantos dolores—dijo ella en voz baja—, y yo ni siquiera te puedo mandar un pajarito en señal de gratitud."

Píu píu, dijo el pájaro, como si quisiera

decir: ¡aquí estoy! Cristina se puso muy pálida. ¡Su verderón, su tesoro, su gran felicidad! No, a El no le podía dejar volar. Nadie sabía cómo la niña abandonada le quería. ¡Pero sí... Jesús se alegraba tanto! La cojita luchaba interiormente. De pronto abrió la portezuela, cogió al pájaro y le besó con ternura. "Sube, vuela—dijo con voz baja—. Canta tu canción más hermosa para Jesús. Dile que la Cristina, que es de El, le ama y le da las gracias."

Abrió sus manecitas. El verderón extendió las alas. Con júbilo voló hacia el cielo azul...

La vida de los grandes hombres

BENJAMIN FRANKLIN

No olvidéis nunca el nombre glorioso del hombre sabio, bueno, desinteresado y altruista, cuya idea fija fué siempre el bien de los demás.

Nació en Bostón, en 1706. Su padre no podía ni se sentía, además, propicio a costear los gastos de educación que el pequeño Benjamín ansiaba.

Un afán de aprender intenso y decidido le resolvió a aprenderlo todo por sí solo, mediante un gran esfuerzo de voluntad e ingenio. Tenía seis años cuando aprendió a leer, sin maestro, solo, a fuerza de trabajos y de preguntas a cuantos le rodeaban.

Fué cajista en la pequeña imprenta de su hermano y alternó su trabajo con la lectura y estudio de cuantos libros podía en-

contrar, para lo que su oficio le daba algunas facilidades.

Empezó a escribir artículos que enviaba a un periódico, firmados con seudónimo, y estos artículos fueron todos publicados y admirados como obra de un sabio incógnito a quien nadie conocía, formando un estado de opinión en su patria, que era entonces una colonia inglesa.

Emancipado de su familia, a los diez y siete años embarcó para Nueva York, sin ningún bagaje, pasando luego a Filadelfia, tras grandes penalidades, en una barquilla, sin víveres y solo.

A los veintidós años poseía la mejor imprenta de Filadelfia, donde se imprimían el

papel moneda de Pensylvania y los documentos oficiales de Newcastle.

Fundó salones de lectura, que poco a poco, fué convirtiendo en bibliotecas públicas. Editó el almanaque del buen Ricardo, cuyos proverbios y aforismos, traducidos a todos los idiomas, figuran hoy en los colecciones de todo el mundo.

En menos de un año aprendió, sin maes-

tros, francés, italiano, español y latino, escribiéndolos con rara perfección.

Inventó el pararrayos, y por último, tras numerosas fundaciones de escuelas, hospitales, hospicios, etc., consiguió con su tacto, su constancia y su talento, después de varios viajes a Inglaterra y Francia, la independencia de los Estados Unidos de América.

ESE

EL RICO POBRE

Había un hombre que, al acostarse, no pudo dormir en toda la noche pensando: ¿Por qué la vida es tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero?

Tienen cajas repletas de oro y, sin embargo, algunos hay que se privan de todo para seguir amontonando. Si yo fuera rico no viviría de igual modo; daríame buena vida y procuraría que no fuera peor la de los demás.

De pronto sonó una voz que le dijo:

—¿Quieres ser rico? Aquí tienes una bolsa; no hay en ella más que un escudo, pero en cuanto la saques, otro lo reemplazará. Puedes sacar cuantos escudos quieras y en seguida arroja la bolsa al río. Mas antes de echar al río la bolsa no gastes ni uno solo de los escudos, porque el resto se convertirá en piedras.

El pobre hombre creyó volverse loco de alegría.

Y apenas sacó el escudo, vió que del fondo de la bolsa surgía otro.

—¡Soy feliz!—pensó—. Pasaré toda la noche sacando escudos y mañana amaneceré opulento. ¡Manos a la obra! A primera hora arrojare la bolsa al agua y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegó la aurora y cambió de parecer.

—Si quiero tener el doble de esta cantidad—se dijo—es preciso pasarme el día extrayendo dinero.

Y así lo hizo, empleando el día entero en sacar escudos.

Al día siguiente quería más, y al otro, más. No podía decidirse a abandonar la bolsa. Comenzó a sentir hambre, y entonces recordó que no tenía más que algunos pedazos de pan negro y duro.

Ir a comprar otras viandas era imposible, porque al instante se volverían piedras sus hermosos escudos.

Habría querido comer, pero de ningún modo separarse de su bolsa milagrosa.

Comió su pan duro y negro y continuó en su tarea de sacar oro.

Ni aun de noche descansaba. Así transcurrió una semana, un mes..., mucho tiempo, viviendo de la caridad de los vecinos.

De vez en cuando tomaba una gran resolución: se aproximaba al río para arrojar la bolsa al agua, pero se arrepentía y volvía a su mísera morada para seguir sacando oro.

Hoy está viejo, amarillento, como sus montones de oro, pero no cesa en su improbo trabajo.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco, oprimiendo entre sus dedos la bolsa

LEÓN TOLSTOI

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla - Marqués de Urquijo, 10

Tor
plo de
un jo
bordó
No
bido r
conoc
grino,
sa, ni
amig
lleno
una f
ma ru
tostad
Re
mad
entre
iglesia
—¡I
del—c
y nac
madié
—¡Hij
la ma
sobre
del hij
si otro
dó, s
desnu
la
Sí;
mad r
hasta
gún o
canzar